

CHILE, SU TRADICION Y SUS VALORES

Conferencia pronunciada en la Universidad Finis Terrae el 10 de octubre de 1993, con ocasión del término del Seminario sobre Historia de Chile en el Siglo XX.

Me siento colocado en una situación extremadamente difícil, como un alumno que ha calentado el examen y tiene que darlo ante personalidades maestras, en la historia, en el análisis filosófico, en la economía, como quienes están presentes. Por otra parte, no he podido seguir este ciclo al que me habría encantado asistir como alumno y que se hace muy bien en organizar, porque hay una cierta tendencia en este momento, por razones varias, a olvidar la historia, a pensar que los hechos han comenzado un día determinado, no hace mucho, y a pensar que este país no tiene raíces, que nuestros muertos ya están convertidos en polvo y que es mejor tener otra casa, otros amigos y otros valores.

Al ocuparnos de recrear el pasado de Chile, no se me ocurre a mí al menos la posibilidad de dividir su historia, su evolución, en períodos anuales, en decenios y ni siquiera en siglos. El país tiene su esencia, tiene sus valores, tiene sus constantes alrededor de las cuales ha girado y creo que es una función extremadamente importante -para el político particularmente-, descubrir cuáles son las razones de ser de un país, porque en definitiva uno se da cuenta que los países, que las naciones son como las personas y las personas no suelen cambiar tan fácilmente. Pueden ser



educadas, pueden aprender idiomas, pueden cultivarse, pueden modernizarse en sus gustos, pero al final de los tiempos las personas tienen una característica genética, como las sociedades también tienen ciertas características formadas por los ancestros raciales, por el clima, por la geografía y por su propio pasado histórico.

Montesquieu, en la primera parte de *El espíritu de las leyes*, habla de que la política de los países está determinada por el clima ... y tiene razón. Los nórdicos son diferentes a los caribeños y éstos a los sureños; basta ir a Cuba para saber que con ese calor no se puede hacer política dentro de las casas y todo se hace en calles y plazas, pero en el sur los problemas son más íntimos y se resuelven mejor al abrigo de cuatro paredes.

De modo que hay una serie de factores que han hecho de Chile una nación peculiar, como desde luego lo son todas las demás; pero creo que la nuestra es una peculiaridad mucho más profunda, más perfilada que la de muchos países latinoamericanos, tal vez con la excepción de México y, por cierto, de Brasil, que tiene un mundo de composición extremadamente diferente. Pero entre los países hispanoamericanos, creo que Chile tiene un perfil, un sesgo que no viene ni de su dimensión ni viene de su tamaño poblacional como en otros casos, sino que viene de características que remontan a la colonia y sobre las cuales podría hablar mucho mejor un historiador.

En síntesis, a Chile y a los chilenos no nos abandona nunca la conciencia

de que el nuestro es un país que se creó y nació a la vida como nación con una voluntad de tener formas claras, de tener una organización, de tener autoridades y de ser, como se ha expresado tantas veces, una nación en forma, un verdadero Estado moderno.

Se subraya una y otra vez la obra de Portales, pero recordemos también la obra gigantesca de Bello -menos conocida tal vez que la de Portales porque fue más política. Pude conocer en detalle la obra de Bello en el Ministerio de Relaciones Exteriores y la sigo conociendo ahora en el Senado, como Presidente de esa corporación y sobre todo como legislador. Don Andrés Bello destacó como ministro, como senador, como funcionario, como rector y como legislador, y estas funciones las ejercía simultáneamente en una época en que las incompatibilidades para los muy inteligentes - y para otros que no lo eran tanto- no existían.

Hay, por cierto, una relación muy fuerte entre la obra de Diego Portales, con su inflexible concepción republicana, sus ideas nacionalistas y su política internacional -que al final le costó la vida-, y el trabajo inigualable al que se aboca Bello y que se expresa en la articulación de una juricidad, de un idioma, de una enseñanza, que no tienen parangón en la América hispana del siglo XIX. La gigantesca obra de estos grandes hombres conformó una tradición, una manera de ser absolutamente diferente de las características de los demás países de América Latina.

Hay que recordar lo que era México en la misma época, con sus emperadores ligados a las familias reales europeas; lo que era Argentina, donde galopaban los gauchos por la pampa sin el menor concepto de la civilización y de una organización política: de lo que era el Perú, que todavía se rebelaba contra una concepción de independencia que nunca logró arraigarse

demasiado sino hasta después de 1883. La independencia de los países hispano-americanos costó ingentes esfuerzos a Bolívar, a San Martín, a O'Higgins, pero el resultado fue una serie de caudillismos y tiranías venales que hasta hoy ensombrecen nuestra historia continental. Sin embargo, en ese mismo período, en la era de los decenios de Prieto, Bulnes y Montt, Chile adquiere valores muy profundos, que son la base de la organización republicana y que le elevarán a la categoría de país rector en Hispanoamérica.

Les voy a contar una anécdota. Yo llegué a la Cancillería en 1964, movido de un afán de modernizar lo que me parecía un sistema muy aparatoso y protocolar -con jóvenes funcionarios que andaban con tacos de acero para que sonaran bien las pisadas en los pasillos del Ministerio. Pregunté entonces cuáles eran las instrucciones de los embajadores y de los cónsules, cómo se manejaban, quiénes eran las autoridades, qué relación había entre ellos, cómo era el Ministerio, que legislación había, etc.,etc.

Se me contestó que había un reglamento reciente, del tiempo del general Ibáñez, que había sido corregido por don Jorge Alessandri, pero al final me dijeron: "En realidad, el conjunto de normas por las cuales funciona el Ministerio de Relaciones Exteriores proviene de don Andrés Bello. Y me acuerdo que les contesté: "¿Cómo es posible que don Andrés Bello (tan antiguo este caballero) vaya a tener normas que todavía son válidas!". Y la respuesta inmediata fue: "Es que están muy bien escritas". Me las llevé para la casa y las leí con mucha atención e interés. El estilo era prodigioso y la inteligencia que las redactó, insuperable. Nunca hubo que corregir nada, y lo que Bello hizo en la década del 30 del siglo pasado, como Oficial Mayor encargado de las relaciones exteriores en el Ministerio del Interior, es intocable, porque es insuperable. ¡Qué fuerza de penetración tuvo ese hombre, como para organizar el interior de la República, mientras otros hablaban y se armaban en el exterior, en los países vecinos!

Creo que las bases institucionales de Chile fueron admirables. Si uno piensa en la Francia de la época, evocará emperadores de oropel, reyes que llegaban y que se iban, revoluciones, comunas... sucedían las cosas más raras; en

GABRIEL VALDES SUBERCASEAUX

Don Gabriel Valdés Subercaseaux tiene estudios de postgrado en el Instituto de Ciencias Políticas de París y ha sido profesor de Derecho Económico en la Pontificia Universidad Católica de Chile y Director del periódico *Libertad*. Fue Ministro de Relaciones Exteriores durante la Presidencia de don Eduardo Frei Montalva (1964-1970). También se desempeñó como Sub-Secretario General de las Naciones Unidas y Director del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), entre 1971 y 1980. Miembro del Club de Roma y otras organizaciones internacionales y fundador y Presidente del Foro Latinoamericano y del centro de Estudios para el Desarrollo. Presidente de la 86ª Conferencia de la Unión Interparlamentaria Mundial (Santiago de Chile, 1991). Ha recibido numerosas distinciones y condecoraciones.

Autor de numerosas publicaciones, entre las que se cuentan *Hacia un Nuevo Orden Mundial* (1978); *Una Política para el Siglo XX* (1979) y *Para Construir el Futuro* (1994). Ha dictado conferencias en el Parlamento Europeo y el Consejo de Europa y en universidades de Europa, Japón, América Latina y Estados Unidos. Elegido Senador de la República en 1989, desde 1990 es Presidente del Senado de Chile.

España, golpes de Estado, los archiconocidos "pronunciamientos" decimonónicos. A veces hace falta hacer un poco de historia comparada para darse cuenta de lo que fue entonces Chile; pobre, aislado, el país más alejado de la civilización europea.

Hay un libro que se llama *By Reason or Force* (el lema escrito en nuestro escudo), que está escrito por un historiador norteamericano que cuenta la historia de Chile mirada desde afuera, entre 1830 y 1900. El recorrió todas las Cancillerías más importantes del mundo, particularmente las hispanoamericanas, para saber qué era este país tan peculiar que se llamaba Chile. Y lo que este hombre -profesor de la Universidad de California- cuenta, nos sorprende y nos enorgullece. En un momento dado, en la década anterior a la Guerra del Pacífico, según documentos del Cónsul de Estados Unidos en Hong Kong consultados por este historiador, había sesenta y siete barcos surtos en ese gran puerto con bandera chilena... Nada menos que sesenta y siete barcos con bandera chilena. Chile tenía un poder gigantesco.

Pero no era solamente el Estado ni la Compañía Sudamericana de Vapores... Eran empresarios chilenos, era el empuje de las instituciones públicas y de los grupos privados chilenos. ¡Qué admirable es este país, que creó y desarrolló esos valores! Una constelación de valores fundamentados en un gran sentido de la autoridad, con un claro concepto de nación y de proyección de esa nación hacia lo que Chile podía llegar a ser; un sentido que algunos dicen que aportaron los vascos, con su esfuerzo, su austeridad y su energía, características a las que debe agregarse su falta de pretensión. Una humildad que parece se ha ido perdiendo, sobre todo ahora que se habla de si somos jaguares o tigres... Antes las cosas se hacían, aunque se hablara menos.

Lo que se hizo el siglo pasado fue admirable y creo que esa voluntad de hacer es una característica de Chile de la cual nos hemos alejado y a la cual

hemos regresado, pero creo que está en la esencia de la nación y que ha ido como persiguiéndonos; algo así como la imagen del padre, que sin verlo se recuerda que enseñó ciertas cosas, y que en los momentos de apuro se recurre a su imagen y a su ejemplo.

Chile era, además, un país muy civilizado en el más pleno sentido de la palabra, porque en el siglo pasado y en parte importante de este siglo tuvo la fortuna de poseer una férrea unidad cívico-militar. La nación pudo afrontar



Diego Portales

con éxito el gran desafío que fue la Guerra del Pacífico, que no fue una simple guerra sino una enorme contienda que duró más de cuatro años. Decenas de miles de soldados caminaron, lucharon y murieron en el desierto, y la mayoría de ellos eran conscriptos, porque no podíamos sostener con soldados profesionales un ejército de línea tan grande; esos soldados chilenos eran jóvenes como los jóvenes de hoy, embarcados en una aventura gigantesca. Y es increíble cómo se formó ese ejército, cómo se le alimentó, como se le armó y

cómo se le adiestró. En Valdivia había una fábrica de la familia Ruddlof que se hizo cargo de abastecer de zapatos a ese ejército y produjo noventa mil pares de zapatos, de bototos para el ejército, en ocho meses; yo he visto documentos relacionados con esta gran tarea, una tarea que hoy día ninguna fábrica chilena sería capaz de aceptar sin pensarlo dos veces. Estamos hablando del año 1879... ¡Qué potencia nacional había entonces!

Pero esa coyuntura de fuerza, organización, nacionalismo -que la relato no porque piense hacer una historia de la república, sino porque creo que es un período señero de nuestra historia- empieza, por cierto, a decaer cuando se va debilitando el impacto de los decenios. Sin embargo, todavía habrá que subrayar la enorme, hercúlea tarea de José Manuel Balmaceda como Ministro de Obras Públicas. Es cierto que el Gobierno estaba aprovechando el "boom" del salitre y no había la preocupación que hoy día existe sobre inflación; y los que sabían de economía no eran graduados en el extranjero y desde luego no podían expresar con tanta perfección técnica sus críticas. El nuestro era un país libre de controles en ese sentido y la obra realizada fue realmente grande. Y cuando Balmaceda llegó a la Presidencia de la República la culminó.

Pero este país que tuvo un "boom" inmenso, cambió radicalmente después de la Revolución de 1891 e inició un régimen parlamentario, que yo creo que es el ejemplo más claro de la importancia que tienen las instituciones. Una mala institución arruina a un país, y este país no puede entonces ser salvado ni por un caudillo providencial ni por una fuerza política, ni por la buena voluntad o la solidaridad de sus habitantes. La institución que se creó entonces -el gobierno parlamentario- fue poco a poco minando el concepto de Estado, el concepto de unidad; se inició un proceso de crisis permanente y se gastó casi sin darse cuenta, como sonámbulos, la inmensa riqueza que Chile había ganado con el monopolio mundial del salitre e iniciamos el siglo con la pérdida parcial de nuestra identi-

dad y con disputas internas que sólo son contenidas, como con una clarinada, por ese personaje notable de nuestra historia que fue don Arturo Alessandri.

Mi impresión es que don Arturo, a pesar de que fue un hombre que hizo un esfuerzo enorme, gigantesco, para enderezar el país y hacerle retomar el buen camino a través de la dictación de la Constitución de 1925, fue mucho más gran presidente en su segundo período, entre 1932 y 1938, pero los chilenos aún no reconocemos este hecho. Don Arturo Alessandri captó un fenómeno social que estaba implícito en el desarrollo nacional de inicios de este siglo y comprometió la incorporación de los sectores medios del país, de los sectores intelectuales más afines a los radicales y los positivistas. Alessandri incorporó a la clase media educada a la dirección del Estado, le dio representación y poder político e hizo lo posible por hacerle aceptar la nueva idea de república, una idea que también los militares, desde otra vertiente muy diferente por cierto, querían consolidar.

Y es así como en septiembre de 1924, bajo la presión del "ruido de sables", el Senado se ve obligado a despachar un sinnúmero de leyes, entre ellas la del Seguro Obrero. Esto es muy curioso, porque siempre se ha pensado en Chile, y sobre todo ahora, que las Fuerzas Armadas son más bien conservadoras; sin embargo, en el año 1924 manifestaron una actitud abierta, positiva para la incorporación de una legislación avanzada y novedosa, que tenía detrás una clara inspiración jesuítica. Nunca sabe uno cuando hay un jesuita detrás de algo, y en ese entonces los hubo.

En esta situación política confusa, por no decir caótica, que tiene una contrapartida en el deterioro de la economía, surge don Arturo como un gran caudillo, dispuesto a recomponer el alma nacional. Evidentemente, en nuestra historia habíamos tenido personalidades muy fuertes: Portales, Montt y Varas, Errázuriz Echaurren, Balmainceda... Pero no habíamos tenido caudillos. Había habido personajes autorita-

rios, que habían usado el cohecho desenfrenado para mantenerse en el poder y así y todo habían creado una democracia, imperfecta si se quiere, pero ¡quién podía tirar la primera piedra! ¡Inglaterra, tal vez?

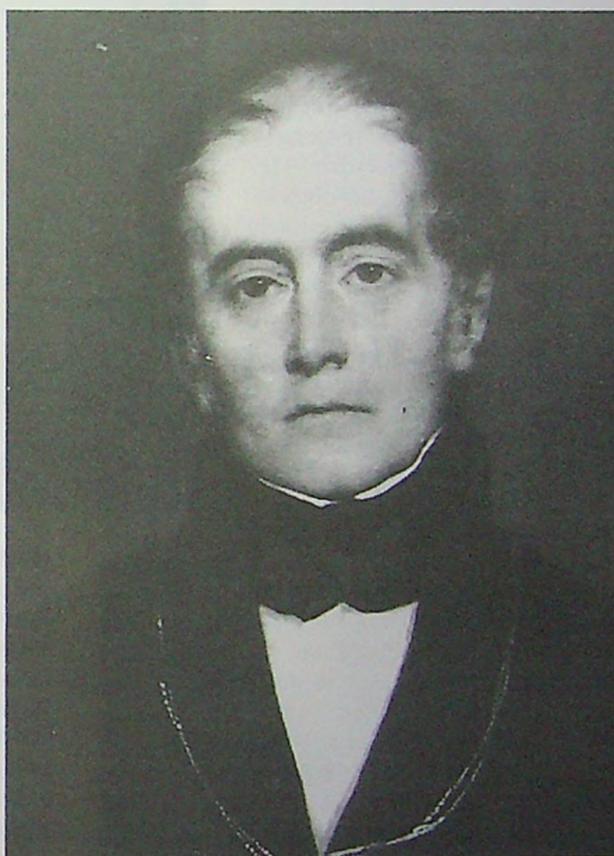
Arturo Alessandri fue un verdadero caudillo, un líder carismático y atractivo; el país vibra con él, se emociona, le entrega su coraje, su esfuerzo, su adhesión. Y todo esto en una época en que venían incorporándose a una antigua tradición muy conservadora y rigurosa el

clase media ilustrada que se hizo presente con gran fuerza.

Viene entonces el surgimiento de la clase trabajadora. El Partido Comunista adquiere forma y fuerza a principios de la década del 20, y es allí cuando irrumpen los estudiantes de la FECH, y la historia de la irrupción estudiantil en el escenario político de fines de los años 20 es digna de ser mejor conocida. La descomposición de la clase política y el debilitamiento de los partidos es notoria en tiempos de la dictadura del general don Carlos Ibáñez, pero la capacidad para crear instituciones permanentes sigue siendo un valor nacional. Porque Ibáñez crea el Banco Central, la Contraloría General de la República, el Cuerpo de Carabineros y una serie de instituciones que perduran hasta el día de hoy como instituciones y que han sido un modelo en su género, con una concepción del servicio público extraordinario. Lo que también permanece desde los albores de la República, y que da verdadera vida y propósito a esas instituciones es el servidor público, el funcionario público, sometido a normas éticas muy severas. Chile proporcionó un modelo y creo que hasta el día de hoy el hombre de Estado, el hombre público chileno, ha sido un ejemplo de corrección y probidad administrativa, y espero que siga siéndolo.

Luego, el país se abre al exterior, se exhibe otra vez esa actitud aperturista hacia el escenario internacional que siempre tuvimos, a veces en forma larvada, escondida tras el nacionalismo. Y de nuevo se inicia el ciclo interminable de la transferencia de ideas foráneas, que constituyen un buen modelo -porque los chilenos sabemos seleccionar y separar el polvo de la paja- para la creación de nuestras propias instituciones. Primero las ideas francesas y británicas; luego, en este siglo, otras ideologías y los modelos norteamericanos, que nos han influido más de lo que nos gusta reconocer.

A fines de la década del 90 importamos la tradición militar alemana en su mejor momento, cuando Bismark había organizado el Imperio y había derrotado



Andrés Bello

pensamiento moderno, francés y positivista de Pedro León Gallo, de José Francisco Vergara, de Enrique Mac Iver, de Valentín Letelier, todos ellos grandes intelectuales, que sabían muchísimo. Ellos no viajaban tanto como se hace hoy, pero eran hombres extraordinariamente cultos; la ventaja que tenían era que como se demoraban tanto en viajar, cuando viajaban se quedaban muchos meses afuera. El hecho es que incluso en el parlamentarismo hubo una incorporación de un pensamiento que no nació de los antiguos dirigentes, sino que de una

Carlos Ibáñez del Campo

a Francia, y sus ejércitos y sus húsares, desde el punto de vista estratégico y estético eran lo mejor que se había producido en la historia. Y coincidiendo con esta importación el Gobierno trajo profesores alemanes para el Pedagógico; vinieron sabios alemanes, franceses, ingleses, italianos, españoles ... Y hacía ya 50 años que habían llegado los alemanes al sur y que estaban alimentando al país con el trigo y la harina producida en sus molinos.

Pero el país también importó ideas políticas; mi impresión es que Chile resistió bien la incorporación de lo extranjero, que se amalgamó a lo chileno y se incorporó a la sociedad chilena, entendida como una sociedad amplia, que ya había incorporado a los sectores medios profesionales, a los provincianos, a los universitarios, y de ahí surgen el Partido Radical y la masonería; la legislación vigente y la democracia fueron capaces de sostener esta incorporación. No sin dificultades, sin embargo, porque mientras tanto, siendo la chilena una economía abierta y que sostenía el padrón oro, la crisis del año 1930-1931 nos impactó con gran violencia, sin tener respaldos ni reservas, y después de habernos endeudado enormemente en tiempos del Presidente Ibáñez, caímos en una situación extremadamente dura. Recuerdo haber visto el Parque Forestal con decenas de miles de personas venidas de las salitreras que dormían en el suelo, protegidas por el ejército, la Cruz Roja, y otras instituciones benéficas.

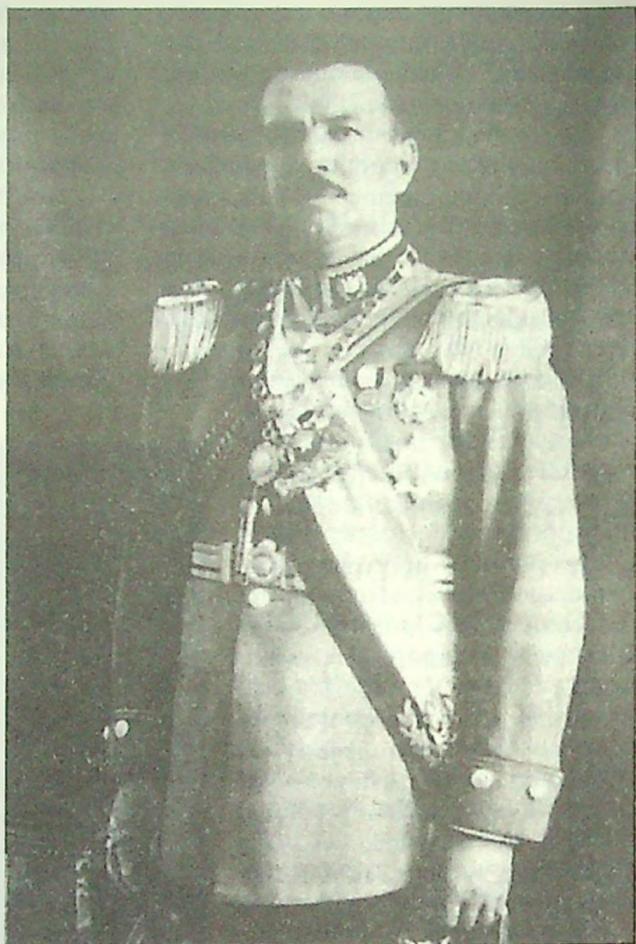
La cesantía en Chile, derivada de la crisis, fue horrible. Es explicable porque realmente se paralizó la industria de exportación y esto provocó una serie de trastornos de todo orden. Baste recordar la Revolución Socialista de 1932. Me tocó verlo muy de cerca, porque yo vivía en El Llano, a la mitad del camino hacia San Bernardo y la Cisterna, donde estaba la Escuela de Aviación. Y todos los sábados se sublevaba el regimiento que había en San Bernardo y el único teléfono que había en el camino, o uno de los pocos, era el de mi familia.

Entonces bajaba un general en tenida de combate con unos tanques chicos, a parlamentar con los generales que se

habían acuartelado en el Tacna, para saber cuántos eran y qué armamento tenían. Entonces mi madre, que tenía muchas condiciones diplomáticas y a la vez una gran autoridad, terminaba invitando a los generales a tomar té y convenciéndolos de que si querían guerrear por lo menos no lo hicieran al frente de la casa...

Fue una época de una gran confusión. Entonces, vuelve don Arturo Alessandri y gana las elecciones a la Presidencia e inicia un gobierno sobre el cual yo sé que se ha escrito mucho, pero del cual no hay todavía una conciencia pública, una valorización justiciera. En su segundo período, don Arturo Alessandri tuvo ministros sobresalientes, bastante difíciles algunos de ellos, como don Gustavo Ross; pero Ross fue uno de los grandes hombres de la historia de Chile, uno de sus más grandes ministros de Hacienda. Un hombre con una notable carencia de simpatía, pero de una gran cultura y mucha capacidad para solucionar el problema del salitre, crear el estanco, arreglar la deuda externa y crear la Caja de Amortización. Gracias a su sentido del Estado y con mucha libertad para actuar, este país salió mucho antes que otros de una crisis que había postrado a muchas otras naciones. En esa tarea le ayudó don Miguel Cruchaga Tocornal, un gran Ministro de Relaciones, y así muchos otros.

El de Alessandri fue un gran gobierno, pero el sedimento de rencor, de resentimientos y de ideologías que se había creado a fines de la década de los 20 y a principios de la del 30 no alcanzó a ser absorbida, a mi juicio, por la práctica democrática. Nuestra democracia no había sido pensada para absorber una masa de trabajadores que habían recibido la influencia de la práctica y la teoría comunista, que habían sufrido la Gran



Depresión de los años 1930-1932, las ideas socialistas, la influencia europea, la influencia de la República Española y de su Guerra Civil y la experiencia francesa del Frente Popular. Todo eso nos llegó de repente.

El país demostró que había perdido la capacidad de seleccionar las ideas externas y assimilarlas a las realidades nacionales. Y entonces, esa enorme cantidad de presiones que se habían acumulado irrumpió con el triunfo del Frente Popular en 1938, que fue por un escaso margen (dos mil y tantos votos), pero que significó un vuelco muy fuerte en esa historia sensata y pausada, en el desarrollo gradual de reconstrucción de un país democrático, pero cuya ciudadanía acataba una autoridad sometida a la Constitución.

Entonces nos encontramos con un Estado que no conocíamos, con el Estado Benefactor, que era un gran empresario y un gran empleador. Y la burguesía naciente, esa nueva clase formada por intelectuales y jóvenes universitarios y profesionales, por provincianos,

comenzó a competir por los empleos fiscales y se creó una poderosa burocracia estatal, símbolo de la fuerza y del tamaño del nuevo Estado.

Se suceden entre 1938 y 1954 los gobiernos radicales, que fueron muy eficientes en muchas cosas, muy creativos e imaginativos. Recuerdo muy bien los períodos de don Pedro Aguirre Cerda y don Juan Antonio Ríos, cuando se creó y consolidó la CORFO y se crea una serie de instituciones en las cuales se coloca gente buena y eficiente, con un gran sentido nacionalista pero también con una penosa falta de rigor en cuanto al aspecto político. Y este hecho, si le mira objetivamente, no queda más que convenir que fue causa primordial en el proceso que culminó con la Unidad Popular.

El país, a mi juicio, no fue capaz de generar una institucionalidad que diera acogida a los sectores populares, a los campesinos, ansiosos de llegar a ser algo más, de tener más participación, y que no pudiendo hacerlo entregaron sus ansias de participar a las ideologías y los ideólogos. En sí mismas las ideologías no tienen nada de malo, pero cuando el pueblo entrega toda su fe y toda su esperanza a ciertas concepciones -sean estas políticas y económicas- es porque hay una angustia y una pérdida de racionalidad, que hace del proceso ideológico algo más bien demoleedor que constructor. Se pierde el sentido de la realidad, de lo paulatino, y se pierde fácilmente el sentido de los valores del país, porque todo se subordina a la ideología. Se inicia entonces un proceso reduccionista, en el cual quien no está con uno está equivocado y es su adversario. Y surge entonces ese nuevo Estado, que no fue el Estado del siglo pasado, que no era el administrador del país sino que era la solución para cientos de miles de personas. El nuestro era un país que no podía construir un Estado benefactor, porque simplemente no había recursos para ello. Se crearon condiciones de beneficencia, seguros y muchas otras cosas que no podían tener ningún futuro económico y entonces se empezaron a crear frustraciones crecientes.

Tuve la oportunidad de trabajar muy cerca de don Juan Antonio Ríos, un hombre creador y con una concepción extraordinaria de lo que podía ser la industria nacional; trabajé en la creación de Aceros del Pacífico, vi cómo nos esforzamos en descubrir petróleo, vi el nacimiento de la Endesa, de Mademsa, de Madeco, de muchas otras industrias, algunas de ellas privadas; conocí el talento extraordinario de un Eulogio Sánchez, un empresario privado que concibió alcanzar la supremacía sobre Argentina en el orden de las exportaciones; vi cómo comenzaban a unirse los empresarios. Recuerdo a don Arturo Matte, con quien trabajé muchos años, un hombre de gran sentido político, un gran intelectual y un hombre de conciencia que tenía muy claro lo que debía ser el país; en fin, gente muy valiosa, pero desgraciadamente esas personas estaban alejadas de la política y entonces se produjo ese otro desfase.

La clase política no fue capaz de asumir la responsabilidad de mantener el concepto de una sociedad estructurada y se desbordó: las huelgas fueron cada vez más poderosas: se creó primero la Asociación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF) y después la situación comenzó a fermentar y se crearon organizaciones sindicales que no obedecían a nadie sino que eran instrumentos exclusivamente ideológicos, y la clase política no fue capaz de entender el significado de su responsabilidad de conducción del Estado. La situación llegó a ser crítica, porque hacía tiempo que se había terminado el "boom" del salitre, el Gobierno de Ibáñez nos había dejado una enorme deuda y en esas condiciones hubo que comenzar a crear la industria nacional, porque el país no tenía básicamente ninguna industria transformadora, manufacturera. Olvidan a veces los historiadores económicos lo que significó la Segunda Guerra Mundial para Chile.



Arturo Alessandri y
Gabriel González Videla

que impidió que llegaran al país insumos, bienes de capital y artículos de consumo. Como hasta entonces todo se importaba, hubo que comenzar a fabricar muchas cosas en Chile, caras y no muy eficientes, alguna de muy mala calidad. El Estado guardó siempre la nostalgia de la organicidad, pero no fue capaz de modelar una sociedad moderna. Hasta que esto se agotó.

En la década del 60, se acumularon progresivos problemas sociales y de modernización. Viví el gobierno del Presidente Frei Montalva, durante sus seis años, como Ministro de Relaciones Exteriores.

Se chilenoizó el cobre de la gran minería, se adquirió la Compañía de Electricidad de Santiago, se duplicó Huachipato, se crearon las industrias petroquímica, electrónica, de pesca; se levantó Arica, se realizó un inmenso esfuerzo en educación y en salud, se solucionó el agudo conflicto del Palena y se dejó en arbitraje el del Beagle, y se inició un proceso de reforma agraria que dio desahogo a una estructura agraria feudal y que hizo posible el enorme esfuerzo frutícola y de modernización del campo que hoy tenemos. Digo esto, porque es necesario reivindicar el gobierno del Presidente Frei Montalva, que no ha sido estudiado en su inmensa obra renovadora.

La situación que heredaba era tensa. El gobierno de don Jorge Alessandri, honesto y formado por personas intachables, había marcado el paso en lo social e industrial. En su último año, el 15% del presupuesto nacional provenía de la Alianza para el Progreso de Kennedy, que dio a Chile más ayuda, en cantidad, que a cualquier otro país de América Latina.

Se hizo un esfuerzo hacia afuera, pero Argentina bloqueó la ALALC con Onganía y ello obligó a proponer el Pacto Andino, cuya justificación geopolítica no se ha comprendido y que fue decisivo en su momento.

Los esfuerzos de apertura tenían dos inconvenientes: el primero provenía de que estaban inspirados en crear altos aranceles para proteger un supuesto mercado interior protegido, y el segundo es que no se había desarrollado ni en Chile ni en ningún país latinoamericano una clase empresarial privada, salvo la Pa-pelera en Chile.

Pero lo grave es que la izquierda marxista había adquirido una fuerza enorme y la influencia del Mayo francés y de la Revolución Cubana era apremiante. La obra de Frei fue audaz, pero un libro escrito en Estados Unidos sobre su gobierno se tituló *Too Little and Too Late* (Demasiado Poco y Demasiado Tarde) y vino el socialismo de "avanzar sin transar" hacia una anarquía, ajena a nuestros valores, historia y realidades. Lo que quiero decir es que en Chile se agotó una forma política, se agotó un esquema económico, una concepción de las libertades, pero los valores que le dieron forma al país -que fueron de sacrificio, de sentido del deber- no se agotaron ni se perdieron, pero se sumergieron durante años, aplastados por la pasión ideológica y por el régimen de fuerza que siguió.

El nuestro es un país que sabe lo que es el dolor, es un país que ha ido perdiendo el contenido inicial de nación, pero que todavía se descubre esta concepción cuando se habla con personas no contaminadas con una extranjerización excesiva. En mis recorridos por las provincias me ha tocado hablar con muchos jóvenes modestos, estudiantes de universidades del sur y del norte, y he sostenido conversaciones francas con ellos. Y puedo atestiguar que no sólo no están pervertidos como mucha gente piensa, sino que están soñando con un país que tenga forma e ideales, que tenga personas en las cuales creer y que tenga valores que nos permitan hacer -y que nos exijan hacer- cosas importantes. Esta es una gran preocupación que se ve hoy día y que deben recoger las autoridades, porque estas ganas de tener un país mejor están en la raíz de procesos que son mucho más profundos y de los que en definitiva depende nuestro futuro como nación.

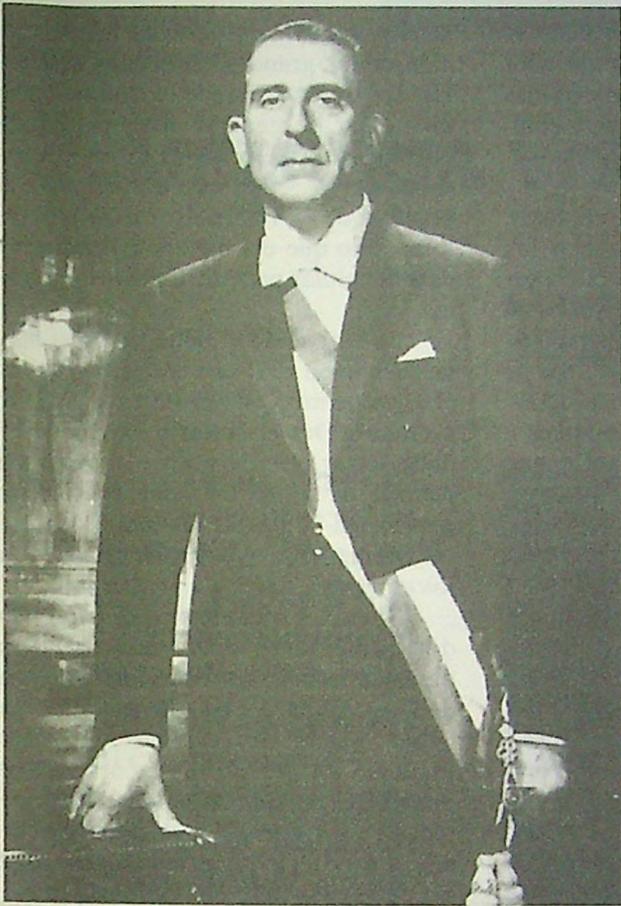
La nación ha tenido más estabilidad en esos valores de lo que uno piensa. Porque el país ha tenido quiebres muy tremendos. No cabe duda que el que se produjo en 1973 fue equivalente a un terremoto grado 8 y así fue reconocido en el mundo entero, pero si fue tan fuerte fue porque el país sabía en 1973 que lo que estaba sucediendo no podía continuar. ¿Por qué se produjo esta crisis? Porque la estructura política del país no fue capaz de asumir este fenómeno que se había producido, causado por ideolo-

gías foráneas, extranjerizantes: el "Che" Guevara, la Revolución Cultural, etc. Todo eso se desbordó, perdimos el sentido inicial, pero el país tuvo una reacción brutal. Y si nos preguntamos por qué hubo una reacción tan fuerte, no podemos sino pensar que existía una distancia enorme entre lo que los chilenos verdaderamente queríamos y la situación a la que habíamos llegado.

Siempre los fenómenos sociales tienen relación con las distancias entre lo que la gente quiere y las realidades. No cabe duda que la Revolución Francesa, con todas sus barbaridades, respondió -mirada objetivamente- al fin de una época feudal que al final tuvo que ser rota con todo el barbarismo que se produjo con este hecho, que no tiene mejor símbolo que el espectáculo de las mujeres francesas tejiendo mientras contemplaban cómo funcionaba la guillotina en la Plaza de la Concordia.

Los efectos inmediatos son temibles, son condenables, pero lo que importa es analizar los fenómenos y ver por qué suceden. Conocemos el caso de Hitler, un hombre que hizo tantas monstruosidades, pero si uno estudia la historia -y aquí hay economistas que saben mucho más que yo de estas cosas- de lo que pasó después de la Primera Guerra Mundial con Alemania en cuanto a la imposición de indemnizaciones billonarias y a humillaciones que hirieron profundamente el orgullo nacional, habría que darse cuenta que alguien iba a salir a reivindicar ese honor alemán tan destruido. Lo hicieron Hitler y el nacional socialismo; es decir, alguien salió e hizo barbaridades no superadas.

En Chile también nos encontramos con una situación que, a mi juicio, exigía la corrección de muchos factores para regresar a los mismos principios que teníamos antiguamente. Los principios de autoridad, los principios de nacionalidad, la idea de que somos un país organizado, la conciencia de que en todo el territorio se habla sin dialectos...; ¿Qué importante es eso!, uno va a Punta Arenas y hablan igual que en Arica. No hay ningún país en el mundo, al menos que yo conozca, que no muestre diferencias de lenguaje entre una región y otra. Italia, Francia, Alemania, ¿para qué hablar de Bélgica!, Holanda; allí la gente se conoce de donde es por su dialecto o su acento.



Eduardo Frei Montalva

En Chile, la unidad nacional es formidable y se ha formado por muchas razones: por la legislación, por el esfuerzo de las autoridades, por el espíritu y el nacionalismo de las Fuerzas Armadas; todo ha contribuido para que nuestro país sea un gran nación. Permítanme poner un ejemplo que conozco muy de cerca. En el Senado hay políticos, hay personas que no solamente representan todas las regiones del país, desde Arica a Magallanes, sino que también son representantes de todos los partidos políticos; hay gente que estuvo castigada severamente en la isla Dawson, estamos otros que estuvimos presos y están también los que nos encarcelaron: hay generales y ministros del antiguo régimen y perseguidos del mismo régimen. Pues bien, en cuatro años no ha habido una mala palabra, ni privada ni pública, respecto de nadie, sobre nadie, solo cordialidad y deferencia y esto se expresa en acuerdos, en leyes, en mociones; el pasado inmediato se nos ha borrado en el trato, porque el conjunto tradicional de ideas y creencias es mucho más fuer-

te y permanente. Esto está latente y es de un valor inconmensurable. Los chilenos nos olvidamos con frecuencia de este hecho tan importante, que se ha consolidado en la integración de los diferentes estratos de la ciudadanía a la democracia y al poder democrático, y que se comenzó a templar en las guerras del siglo XIX.

La guerra resulta ser siempre un factor muy fuerte en la unidad nacional. Estuve becado en Europa, en París, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Lo que sufrió el pueblo francés durante la guerra fue atroz, pero sufrió tanto o aún más después de la guerra. Había frío, hambre, falta de transportes... Tales sacrificios forman a un pueblo y lo fortalecen. Los chilenos no hemos experimentado esas situaciones en lo que va del siglo, salvo un sector de la

población. Por eso mismo hay que subrayar la importancia de una idea de nación, pero de una nación que tiene conciencia y que tiene valores.

La solidaridad es un valor que se da en forma maravillosa en nuestro país, y sobre todo se da extraordinariamente bien en las grandes catástrofes y en los sectores populares, donde no existe lo mío y lo tuyo. Pero paulatinamente hemos ido perdiendo este sentido de la solidaridad, a lo mejor por falta de ejercicio o por falta de educación, porque creo que en la educación han actuado factores fuertemente disociadores de la comunidad.

Hay valores en Chile que la democracia está obligada a reconocer, porque actualmente estamos corriendo un gran peligro. No es el peligro de un estatismo que se agotó, ni de una ideología foránea globalizante y reduccionista como es el marxismo; no estamos en ese peligro. Pero estamos encarando el peligro del relativismo, que es muy penetrante y que posee una gran capacidad de disociación, sobre todo en los jóvenes.

La educación expresa muchas cosas; la educación es como la externalidad de ciertas cosas, de ciertos valores e ideas que hay adentro. Se comienza a constatar que todo parece igual, que no hay exigencias, que no hay sentido de excelencia, que a los niños les da lo mismo hablar bien que hablar mal, que se inventan palabras todas las semanas -y no digo que esto de introducir neologismos sea malo, porque el lenguaje se ha formado con convenciones que originalmente han sido inventos- que en Chile se habla un español muy malo y que el resto de los países iberoamericanos (;para qué decir España!) conoce esta debilidad nuestra. Y esto tiene mucho que ver con la formación de nuestra personalidad como nación, y es por ello que deberíamos preocuparnos un poco más de nuestra educación. La clase política, los académicos e intelectuales, hablan regularmente bien. Lo mismo podría decirse de muchos empresarios. La prensa escrita no lo hace mal, pero la televisión es atroz. Y no hablo del problema moral al que nos llevaría una discusión sobre el contenido de sus programas, porque eso nos tendría ocupados demasiado tiempo.

El problema es que si alguien menciona y subraya está pérdida de valores pasa a identificarse con un Torquemada. Pareciera que resulta poco menos que imposible establecer un debate nacional sobre lo que es Chile y qué somos los chilenos, cuáles son nuestras características, cómo las defendemos en nuestra cultura, en nuestra manera de ser, y cómo al mismo tiempo podemos ser internacionales sin perder nuestra alma nacional; porque un país puede abrirse al mundo y continuar siendo entrañablemente chileno, tal como una persona puede hablar perfectamente inglés o francés y seguir hablando bien español. Ambas cosas no sólo son compatibles, sino que se complementan para formar una verdadera nación (o una verdadera persona).

La apertura de Chile nos enriquece como nación, pero eso implica consolidar lo que somos y fortalecer nuestra idea de nación. Ahí es donde tenemos fallas muy grandes, producto de una educación mal concebida, igualitaria, nivelada para abajo, en un falso sentido democrático, porque la igualdad no está dada por los objetivos sino por las con-

diciones que se dan para que los que pueden más, puedan hacer más y tengan la fuerza, la convicción y el deseo de elevar a los otros. Porque si no hay estrellas no se puede navegar en el mar, y si no hay gente en la cual creer, si no hay personas creadoras, si no existen modelos de conducta, nos encontramos -para ser francos- en campañas electorales chatas, en una falta de interés por la nación como un todo, por el futuro de todos nosotros. Es penoso comprobar cómo se moviliza gran parte de nuestra juventud detrás de ídolos del momento, y cómo gritan y se enfervorizan, y cómo la multitud pierde los estribos y al final se gastan dos o tres millones de dólares y hay un doloroso saldo de muertos y heridos. Debemos reaccionar frente a estos hechos, discutirlos en el Parlamento, en la universidad, en la familia... Los valores están, no hay que reinventarlos, sólo hay que destacarlos y enseñarlos.

Chile vive de ideas y vive de ideales. Pero, por amor de Dios, si estamos preocupados solamente de cuál va a ser el alza del costo de la vida en el mes siguiente no tenemos destino; el IPC es una información importante para quienes tienen que hacer inversiones como lo son todos los indicadores económicos, pero un país no es una sociedad anónima, no es un conjunto de hombres de negocios. Un país necesita ese esfuerzo, pero tiene que tener **para qué vivir**. No solamente **con qué vivir**. El **para qué vivir** es una pregunta que no se hace hoy día en los colegios ni tampoco se hace en la vida política. Ya no existe, o pareciera no existir esa visión que al principio existió implícita en nuestro origen como nación republicana.

Este problema de los valores no tiene, creo yo, nada que ver con la situación económica de un país. Porque se suele oír frecuentemente que antes eramos más apegados a nuestras tradiciones y valores porque eramos más austeros, y eramos más austeros porque sólo teníamos acceso a cocinas de leña y nos alumbrábamos con velas. Pero soy un convencido que esto no es cierto. Yo no soy un retrógrado, pero ¡qué maravilloso era el tiempo cuando la familia iba el día domingo una catedral a escuchar a Bach tocando el órgano, porque Bach lo tocaba para todo el pueblo! Ahora, en cambio, la familia se va a pasar el día do-

mingo a un "mall", a vitrinear, a ver lo que no pueden comprar. Y eso que ahora los "malls" ofrecen cosas muy buenas y no muy caras; hay de todo para comprar, pero no creo que haya ninguna necesidad de comprarlo todo.

El país, a mi juicio, está cojo, flaco, hambriento de cultura. Y nosotros los políticos somos también culpables porque no estamos elevando el nivel de la discusión en torno a temas importantes. Salvo las universidades, o las páginas de *Artes y Letras*, o lo que con gran sacrificio realizan algunos músicos, pintores e intelectuales, el país no tiene mucho que mostrar en materia cultural. Los extranjeros estiman, y así lo dicen, que en Santiago se ve buen teatro, se disfruta de conciertos y exposiciones; pero, ¿y el resto del país? América Latina entera está muy mal en ese sentido. Conversaba sobre este tema con Mario Vargas Llosa, un escritor extremadamente inteligente que en esa materia tiene ideas muy claras, muy lúcidas, y me decía: "Estamos en una gran crisis, porque no hemos rescatado nuestros valores y estamos sufriendo una invasión externa que no es de lo mejor, que es bastante vulgar."

Sin embargo, pese a todo, la voluntad de cultura de este país es inmensa; la voluntad de creer en las personas y en las instituciones es enorme; el prestigio de nuestros científicos, de nuestros académicos y literatos es muy grande, pero ellos no están en la cumbre de la sociedad, no están en los niveles de toma de decisiones, y todavía no pueden

participar como quisieran en la construcción de las grandes estructuras nacionales. Lo que me parece es que no podemos dejar de generar elites políticas y elites sociales a la altura de los avances tecnológicos, para que en definitiva el objetivo de la vida no sea tener otro celular, sino que el objetivo de la vida sea usar el celular para decir cosas inteligentes.

La Universidad tiene un papel muy destacado en esta verdadera cruzada por el reencuentro con nuestras mejores tradiciones. Debe asumirlo en plenitud y debe hacer que de nuevo su voz surja potente -y, sobre todo, más convincente que nunca- y pueda de esta manera hacer vibrar la conciencia de cada uno de los chilenos.

Bueno, excúsenme que haya sido desordenado en mi exposición, pero quiero terminar haciendo una profesión de fe en Chile. Se ha sufrido mucho, ha habido mucho distanciamiento, estamos viviendo un proceso de reencuentro en el cual estamos empeñados y me ha tocado a mí, como a muchos compatriotas, el privilegio de estar con personas a las cuales les tuve una profunda antipatía y un gran temor. Al poco tiempo descubrí que eran seres humanos como yo, que estaban casados y tenían hijos... Lo que es muchísimo mejor aún es que lo que nos une es que ellos y yo compartimos ese conjunto de valores, de ideas, de tradiciones y creencias que han estado permanentemente con nosotros, desde el alba misma de la república. □

